

conocemos por lo mismo á ese ser, á ese *monstruo* característico de la sociedad moderna. Por muchas vueltas que dé el hombre y por muchas situaciones que destruya, no cambia sus defectos ni sus ridiculeces; presto se los ve reaparecer á todos, sólo que se producen, segun los tiempos, bajo una forma más ó ménos noble, cortés y agradable: y esa forma que combinaba el exceso del egoísmo con la delicadeza de espíritu y la urbanidad, pertenece más bien al pasado.

MADAMA

DE LAMBERT

Y

MADAMA NECKER

Hace mucho tiempo que me proponia reunir á estas dos mujeres que tuvieron un salon tan literario, la una á principios y la otra á fines del siglo XVIII, y colocar sus dos perfiles en un mismo medallon. Tienen ellas de comun un gusto marcado al talento y á la razon realzada por cierto giro distinguido, conciso y nuevo, que sólo las personas poco benévolas suelen confundir con el rebuscado y afectado. En ambas á dos domina la moral, y el decoro y el deber sirven de norma á las costumbres y al tono. Madama de Lambert, en medio del desbordamiento de la Regencia, abre en su casa un asilo á la conversacion, á la jocosidad ingeniosa y á las discusiones serias: Fontenelle preside este círculo delicado y cortés, donde es honroso ser recibido. Madama Necker, nacida léjos de París, al venir de la Suiza francesa cuya gloria era, nada habria deseado tanto como el encontrar en París un salon exactamente parecido al de madama de Lambert, esto es, donde el talento se hallara en su propio terreno y donde nada respe-

table fuese vulnerado. Esta era la forma y el cuadro que más naturalmente le hubiera convenido. Oblicada á conformarse con los hábitos más confundidos de su tiempo y á abrir su casa á casi todo lo que era célebre por títulos diversos, al ménos introdujo en ella el mayor orden y organizacion posible; ella misma hizo sus elecciones guiada por su admiracion particular y estimacion: Buffon tuvo á su lado casi el mismo rango que tenía Fontenelle en casa de madama de Lambert. Pero estas semejanzas, que no hago más que indicar, resaltarán mejor en un estudio preciso de los dos caractéres; por hoy quiero meramente mostrar lo que era en realidad madama de Lambert y su gente.

Nada ó casi nada se sabe de los primeros sesenta años de madama de Lambert. Murió en 1733 á la edad de ochenta y seis años, segun dicen, y siendo así debió nacer hácia 1647. Llamábase Ana Teresa de Marguenat de Courcelles. Su padre, contador de hacienda, era natural de Troyes, y el nombre de Courcelles es el de un pequeño feudo que poseía muy cerca de esta ciudad. Perdió su padre en edad muy temprana. La madre de madama de Lambert, hija de un rico vecino de París, era una casquivana que ha merecido tener su historieta, y de las más escandalosas, en las obras de Tallement de Réaux. Se ocupaba mucho más en agradar á los Brancas, los Miossens, el caballero de Grammont y cuantos jóvenes señores amables habia en la Corte, que en cuidar de su esposo, hombre de bien cuya cabeza estaba algo débil y que por fin fué encerrado en un cuarto como *alelado*. Esta historieta de Tallemant hace cavilar mucho (lo diremos todo) acerca de los derechos del buen Courcelles á la paternidad efectiva, y no sería acertado aquí el ir á deducir con sobrada precipitacion del padre el hijo, aunque la semejanza fuese mayor. Desde aquel tiempo, Bachaumont se enamoró de madama de Courcelles, y cuando murió el marido, no sólo vivió algunos años, sino que al fin se casó con ella. Este Bachaumont era el compañero mismo de Chappelle en su famoso Viaje, hombre muy alegre y de mucha chispa. Se dice que cobró mucho cariño á su hijastra. Fácilmente se supone cuál pudo ser la influencia de la sociedad de su padrastro en la jóven, pero tiene uno que adivinarlo.

Fontenelle nos dice que ya desde aquel tiempo, « desaparecia de los juegos de su edad par ir á leer á solas, y que se acostumbró por sí misma á hacer pequeños extractos de lo que mayor impresion causaba en ella. Eran ya ó reflexiones sagaces sobre el corazon humano ó modos de expresarse ingeniosos, pero las mas de las veces reflexiones ». Por lo que hace á mí, esa vida desordenada de la madre de madama de Lambert me denota otro género de influencia que se ha visto á menudo en casos parecidos, y que pue dellamarse la influencia por los contrarios. ¡ Cuántas veces la vista de una madre ligera é inconsiderada no ha inducido más bien á una hija juiciosa y sensata á hacer reflexiones exactas y severas! Todo parece indicar que ese fué el efecto que produjo en madama de Lambert el mal ejemplo de su madre. Un alma débil se habria dejado alucinar por ese mal ejemplo y lo hubiera seguido: un alma delicada y fuerte lo convirtió en moral y en leccion; tomó noblemente su desquite en moral y en bien. Toda su vida se impuso madama de Lambert como ley el respetar tanto más el decoro, cuanto más ofendido lo habia visto desde su infancia en derredor suyo; propúsose por objeto principal y fin de toda su conducta la consideracion y el honor.

Parece que por herencia paterna adquirió bienes considerables. Casada en 1666 con el marqués de Lambert, oficial de mérito que llegó á ser teniente general, y cuyo padre tambien lo habia sido, entró en un mundo más conforme con sus instintos elevados, y sólo conservó de su primera sociedad vivisima aficion á las cosas del ingenio. En los *Avisos de una Madre á su Hijo* que tenemos de ella, se puede ver cuán penetrada estaba del honor militar y y hasta qué punto se adhirió á esa religion de lealtad, abnegacion y sacrificio: « Deploro todos los dias, dice á su hijo, no haber visto á vuestro abuelo. Por lo mucho bueno que he oido decir de él infiero que nadie poseía más cualidades eminentes ni más pericia militar. Era tal la estimacion y la autoridad que se habia captado en el ejército, que con diez mil hombres hacia más que los demas con veinte. » Un dia, en el sitio de Gravelinas, los mariscales de

Gassion y de La Meilleraie, que estaban encargados del mando, habian tenido una disputa, y fué tan seria su reyerta que llegó hasta el punto de dividir el ejército : sus tropas iban ya á bartirse, cuando el marqués de Lambert, que sólo era entónces mariscal de campo, corrió á colocarse en medio de los dos partidos y ordenó á las tropas, de parte del rey, que hicieran alto : « Les prohibió que reconocieran á estos generales por sus jefes. Las tropas le obedecieron y los mariscales de La Meilleraie y de Gassion tuvieron que retirarse. El rey supo esta accion, dice Madama Lambert, y ha hablado de ella más de una vez con aprecio. » Tales eran los ejemplos con que al entrar en su nueva familia ennoblecia su corazon, para luego inculcarlos en el de sus hijos. Lo que la quedaba de Bachaumont y de los hábitos de su primera educacion sólo servia para la elegancia y mesura del espíritu. Entre las palabras y las ideas que usaba con más frecuencia cuando se puso á escribir, distingo sobre todo las palabras *costumbres, inocencia y gloria*.

Insistiendo sobre este principio de emulacion y de noble celo, hasta llegó á decir á su hijo : « Nunca puede ser excesivo el anhelo por encumbrarse, ni demasiado halagüeñas las esperanzas con que uno alimenta sus deseos. Es menester que, teniendo á la vista grandes objetos, reciba el alma un grande impulso, sin lo cual no se pondria en movimiento... Nada conviene ménos á un jóven que cierta modestia que le hace creer es incapaz de grandes cosas. Esta modestia es una languidez del alma que le impide tomar su vuelo y dirigirse rápidamente hácia la gloria. » Cree uno estar oyendo de antemano un consejo de Vauvenargues á alguno de sus jóvenes amigos, en boca de esta madre, nacida en una familia rica y licenciosa. Así es como las almas enérgicas adquieren mayor vigor allí donde otras se relajan y corrompen. El excelente M. Droz, juzgando los escritos de madama de Lambert (1), manifiesta cuán peligrosa y aun absurda es esa moral que predica sin rebozo la ambicion; pero siento no ser de

(1) En el folletín del *Diario del Imperio* del miércoles 11 de agosto de 1813.

su parecer, pues madama de Lambert sabia que, en la época en que escribia, el peligro para esa juventud guerrera estaba más bien en el exceso de disolucion y de molicie. Fenelon, juzgando estos mismos *Avisos* de madama de Lambert á su Hijo, decia : « El honor, la probidad más pura y el conocimiento del corazon de los hombres reinan en este discurso... Quizas no estaria enteramente de acuerdo con ella acerca de toda la ambicion que exige de él; pero presto nos avendríamos sobre todas las virtudes con que quiere sea sostenida y moderada esa ambicion. »

Madama de Lambert enviudó en 1686; habia acompañado á su marido dos años ántes á Luxemburgo, cuando le nombraron gobernador de esta provincia, y en este país recientemente conquistado, le habia ayudado á conciliarse los corazones : « Tenía la mano poco pesada, dice, y en su gobierno empleaba el amor, nunca la autoridad. » Habia consagrado todos sus bienes personales, que eran cuantiosos, al adelanto de la fortuna de su marido y á una representacion honorífica. Luego que él murió, se ocupó con perseverancia en salvar los intereses de sus hijos, muy comprometidos en pleitos largos y crueles que tuvo que sostener contra su propia familia : « Hay tan pocas grandes fortunas inocentes, que perdono á vuestros padres, escribia á su hijo, el que no os la hayan dejado. He hecho cuanto he podido para introducir cierto orden en nuestros negocios, donde no se deja á las mujeres sino la gloria de la economía. » Este pesar respecto al papel secundario á que están reducidas las mujeres, lo manifestará más de una vez madama de Lambert. Tuvo la habilidad de ganar sus pleitos, de conquistar en cierto modo sus bienes y los de sus hijos, y entónces fué cuando se entregó á sus gustos, estableciendo en Paris una casa donde se reunian los literatos y personas de buen tono, y que insensiblemente llegó á ser una de las primeras y de más viso hácia la fecha de 1710-1733, durante más de veinte años.

Otra vez he dicho ya cómo habian concluido las últimas tertulias del siglo xvii, la de madama de La Sablière y la de Ninon. Si se quisiera escribir una historia ordenada de las tertulias del siglo xviii.

habría que comenzar por la de madama de Lambert. Hacia el mismo tiempo, algo despues no obstante, vendrian las de madama de Tencin, madama Geoffrin y madama Du Defiand, y se llegaria asi hasta madama Necker. Pero es incontestable que madama de Lambert comienza y da el tono á la época nueva. Algunos testimonios nos pondrán en estado de juzgarlo pertinentemente y casi como si hubiésemos sido admitidos en ella :

« Acabo de experimentar una pérdida muy sensible en madama de Lambert, muerta á la edad de ochenta y seis años, escribia el marqués de Argenson (1733). Quince años hacia que era yo uno de sus amigos particulares, á quien ella habia dispensado el honor de atraer á su casa, la cual era muy honorable para los que eran admitidos en ella. Iba yo regularmente á comer allí los miércoles, que eran uno de sus dias de recepcion (precedentemente habian sido los mártes). Por la noche habia tertulia ; se razonaba en ella, sin que se pensara en los naipes más que en el famoso hôtel de Rambouillet, tan celebrado por Voiture y Balzac. Era rica, y hacia buen uso de sus riquezas, bien á sus amigos y sobre todo á los desgraciados. Alumna de Bachaumont, jamas frecuentó más que personas de calidad y del más distinguido ingenio, ni conoció otra pasion que una ternura constante y casi platónica. »

Argenson añade que ella habia querido persuadirle se presentara como candidato para la Academia francesa, y le aseguraba el sufragio de sus amigos que eran numerosísimos en esta compañía : « Hasta se ha querido ridiculizar, dice, una cosa que es muy real, esto es, que apenas era recibido nadie en la Academia que no fuera presentado en su casa y por ella. Es cierto que ha hecho la mitad de nuestros académicos actuales. »

Esta influencia de los salones sobre la Academia francesa y la importancia que vuelve á adquirir esta, son uno de los caracteres propios que señalan el advenimiento del siglo xviii. La Academia francesa no tuvo en efecto importancia igual en todos los momentos de su existencia. En su origen y en los primeros tiempos de su insti-

tucion, fué muy notable : la alta sociedad y la literatura, á despecho de alguna que otra rebelion, reconocieron en ella la reguladora de la lengua y del buen tono, y hasta un tribunal soberano del gusto. Pero próximamente á los treinta años despues de su fundacion, cuando se produjo una literatura jóven y atrevida en el reinado de Luis XIV, y los Boileau, los Racine, los Molière y los La Fontaine regeneraron verdaderamente las letras y la poesia, la Academia se encontró algo rezagada y añeja, y siguió así, más ó ménos, durante los treinta y cinco últimos años del siglo. Es costumbre el vivir largo tiempo en la Academia ; costumbre que no se ha perdido y que, unida á tantas otras ventajas, no deja de tener su precio. Pero resultó de esta longevidad académica que en la segunda mitad del siglo xvii, la Academia no se renovó tan pronto como lo hubiera podido desear el público. Boileau y La Fontaine esperaron largo tiempo ántes de ser académicos, y aun cuando lo fueron quedaban en ella muchas personas del antiguo gusto, y se ingerian algunas de gusto moderno que no era el más puro. Fontenelle fué de la Academia muy temprano ; su influencia creciente, combinada con la de La Motte y otros amigos de madama de Lambert, contribuyó á dar á la Academia francesa algo de ese carácter filosófico que iba á ser muy sensible en ella durante el siglo xviii y á realzar lo que hubiera tenido de insuficiente el papel gramatical ó puramente literario.

Pero no olvidemos que estamos en el salon de madama de Lambert. Al ver á los literatos tan asiduos en su casa, y á los Señores de la Academia comer en ella dos veces por semana, no dejaron sus envidiosos de acusarla de que tenía *oficina de ingenio* : « Era, dice Fontenelle, con muy pocas excepciones, la sola casa que se habia preservado de la enfermedad epidémica del juego, la única adonde se iba para hablar razonablemente los unos con los otros, y hasta con talento, segun la ocasion. Así es que los que tenian sus razones para no encontrar de su gusto el que aun hubiera conversacion en alguna parte, no desperdiciaban ocasion de arrojar dardos malignos contra la casa de madama de Lambert. » No dejaba esto de mortificarla, pues

aspiraba ante todo á conservar buena opinion. Algunos de los mismos reproches vuelvo á encontrarlos, no ya en un enemigo, sino en la pluma de un amigo, M. de La Rivière, el mismo que fué yerno de Bussy-Rabutin y que en su vejez se habia retirado al Oratorio. Era hombre de bastante talento, de literatura fácil y bastante adornada, pero que hácia el fin de su vida se entregó á una devocion meticulosa. Nos presenta en diez parajes de sus Cartas á madama de Lambert bajo un aspecto bastante particular :

« Era, dice, mi amiga más antigua y mi contemporánea... Habia » nacido con mucho talento y lo cultivaba con una lectura asidua; » pero el más bello floron de su corona era una noble y luminosa sen- » cillez de que tuvo la mala idea de desdecirse á los sesenta años. » (En otra parte dice : *Tuvo un ataque de bel-esprit... Es un mal que la acometió de repente y de que ha muerto incurable.*) « Se entregó » al público, se asoció á los Señores de la Academia y estableció en » su casa una oficina de ingenio. Nada omiti para librarla del ridículo » inherente á la profesion de *bel-esprit*, sobre todo en las mujeres; » pero no pude persuadirla. Como he nacido sencillo por gusto y » quizas por necesidad, no quise parecer cómplice de tal extravío y » me despedí de ella. He estado veinte años sin entrar en su casa, » excepto una vez que fui á verla para prepararla á su viaje de la » eternidad (es decir, para hacerla confesar)... Sin embargo me » ha conservado su estimacion y su amistad hasta el fin... Venia » á verme y me escribia de vez en cuando : mis respuestas tira- » ban siempre sobre su conciencia. »

Se ve que el rigorismo entra por mucho en este dictámen de M. de La Rivière. Casi está uno inclinado á preguntarse si es madama de Lambert la que ha sido acometida súbitamente por la enfermedad del *bel-esprit* á los sesenta años, ó si no es él más bien quien ha experimentado un acrecentamiento de rigidez y escrúpulo. Como quiera, bueno es oírle acerca de ella, pues sin pensarlo hace el elogio de madama de Lambert, manifestando que á pesar de las críticas algo rudas que la dirigia, le conservó siempre su amistad é indulgencia.

Este mismo M. de La Rivière, por humilde que se haya hecho, tiene gran cuidado de acordarse de que en la época en que madama de Lambert escribia sus *Avisos á su Hijo y á su Hija*, fué ayudada por alguno de sus amigos que no fué otro que él mismo. Habiala sugerido algunos sentimientos é ideas, con los cuales ha querido hacer, dice, piedras preciosas y *diamantes con facetas*. Pero precisamente es esa expresion clara, sucinta y nueva la que constituye hoy el mérito y distincion de los consejos maternas de madama de Lambert, que con frecuencia están bien pensados, pero aun mejor dichos.

Sus pequeños escritos vieron la luz durante su vida y al principio sin anuencia suya, no obstante que, por el sumo esmero que puso en la redaccion, parece haber tenido en perspectiva al público. Habia prestado sus manuscritos á unos amigos que, como de costumbre, fueron indiscretos. Los Consejos á su Hijo se publicaron por primera vez en 1726, en las Memorias de Literatura del Padre Des Molets, bajo el titulo de *Carta de una Señora á su Hijo sobre la verdadera Gloria*. Los *Avisos á su Hija* iban á publicarse tambien sin su permiso, cuando se decidió á dar una edicion de los dos opúsculos en 1728. Pero fué mucho peor cuando el manuscrito de sus *Reflexiones sobre las Mujeres*, obra más atrevida y susceptible de provocar á los burlones, vino á parar en las manos de un librero y comenzó á circular en el público; compró en seguida toda la edicion ó lo que quedaba de ella, pero sin poder impedir que la reimprimieran en el extranjero. Entónces tuvo ya que conformarse, aceptar el encomio y la crítica y ser autora por su cuenta y riesgo, con todos los honores de la guerra.

Los *Avisos de una Madre á su Hijo*, que se dirigen á un jóven lanzado ya en la carrera, á un coronel de veinticuatro años, y que supongo fueron escritos hácia 1701, son de grande elevacion de pensamiento y de un giro picante. He dicho que la gloria es el fin francamente propuesto por el moralista, el cual es en esto más antiguo que moderno y está más acordé con Plutarco que con el Evangelio. Por primera vez se define la religion de la manera que en el siglo xviii,

y como que se percibe en ella un acento precursor de Juan Jacobo : « Sobre todos estos deberes (civiles y humanos), dice la madre á su hijo, está el culto que debéis al *Ser Supremo*. La religion es una correspondencia establecida entre Dios y los hombres, por la gracia de Dios á los hombres, y por el culto de los hombres á Dios. Las almas elevadas tienen para Dios sentimientos y un culto aparte, que no se parece al del pueblo : todo parte del corazon y va á Dios. » Clama contra el libertinaje que está á la moda entre los jóvenes. Esta palabra libertinaje significa siempre en la lengua del siglo xvii la licencia del espíritu en materias de fe, y en este sentido la usa todavía madama de Lambert : « La mayor parte de los jóvenes creen en el dia distinguirse tomando un aire de libertinaje que los desconceptúa cerca de las personas sensatas. Ese aire no prueba superioridad de entendimiento, sino desórden de corazon. No se ataca la religion cuando no se tiene interes en atacarla. Nada hace más feliz que el tener el entendimiento persuadido y el corazon conmovido, y eso es bueno en todos tiempos. Aun aquellos que no son bastante dichosos para creer como deben, se someten á la religion establecida : saben que lo que se llama *preocupacion* ocupa gran rango en el mundo; y que es menester respetarla. » En otra parte, en un pequeño Tratado *De la Vejez*, hablará de la devocion, no como de una debilidad, sino como de un apoyo á medida que se avanza en la edad : « Es un sentimiento *decente* y el solo necesario... La devocion es un sentimiento decente en las mujeres y conveniente á todos los sexos. » Este modo de considerar la religion es irreprochable bajo el punto de vista social y moral; pero el verdadero cristiano pide más, y concibo que el digno M. de La Rivière no estuviese enteramente satisfecho, acerca de esto, de las disposiciones de su amiga.

Dice de ella en alguna parte bastante ingenuamente, hablando de su última enfermedad : « Cayó enferma; tenía ochenta y seis años; tuve miedo y fui á verla para hacerla confesar. Llevó hasta el fin ese flaco del talento, pues escogió para confesar al abate Couet que tenía mucho talento y era conocido por tal. » Madama de Lambert que no

se separaba gustosamente de su razon y de su dictámen, aun en estas cosas de religion, halló bellas palabras al fin de este mismo Tratado *De la Vejez*, cuando dijo : « En fin, las cosas están en calma cuando están en su puesto : *el puesto del corazon del hombre es el corazon de Dios*. Cuando estamos en su mano y nuestra voluntad subordinada á la suya, cesan nuestras inquietudes... No hay asilo más seguro para el hombre que el amor y el temor de Dios. » No se puede decir mejor, ni pensar más dignamente. Aquí la idea de religion se engrandece; no es ya un sentimiento meramente decente, sino la más alta de las conveniencias humanas, el fin y término de los deberes. Á pesar de esta bella palabra final, nos es muy sensible sin embargo que la religion de madama de Lambert sea más bien una forma elevada del entendimiento que un manantial interior y habitual que brota del corazon, ó que una revelacion positiva. Habla del Ser Supremo; es capaz de elevarse ó aun de descansar en él; pero, sea como quiera, no es ya la religion del siglo xvii, y Fenelon, despues de haber leído á madama de Lambert, tuvo necesidad, en este punto, de ser más indulgente de lo que de seguro hubiera sido Bossuet.

Continuemos notando en ella esos signos precursores que marcan la transicion á una edad nueva. Recomienda constantemente á su hijo que aspire muy alto en toda cosa, y que al mismo tiempo se atenga á la realidad y no á la apariencia : « Que vuestras relaciones sean con personas que estén sobre vos : con eso os acostumbraréis al respeto y á la cortesía. Con los iguales se suele ser omiso, y el espíritu se adormece. » Hé ahí una advertencia sagaz y exacta. Empero, esa superioridad, continúa, no ha de medirse solamente por el rango, pues hay grandezas efectivas y personales y grandezas de institucion. No se debe á las unas más que un *respeto exterior* : « Se debe estimacion y un *respeto de sentimiento* al mérito. Cuando la suerte y la virtud de consuno ha colocado á un hombre en alta posicion, es este un doble imperio que exige doble sumision. » ¡Pero cuán rara es esta coincidencia! Los favoritos de la fortuna imponen de léjos : « La fama exagera su mérito y la lisonja los deifica; acercaos á ellos y no encon-

traréis más que hombres. ¡ *Cuánto pueblo se encuentra en la Corte!* » Lo que dice aquí á su hijo, se lo repetirá á su hija. Quiere que también, para ser feliz, aprenda á pensar sanamente, ó á pensar de diferente modo que el pueblo sobre lo que se llama moral y felicidad de la vida : « Llamo *pueblo* á todo lo que piensa baja y comunmente : *la Corte está llena de eso.* »

Estas reflexiones filosóficas que más tarde pasarán fácilmente á la declamación y al exceso, asoman ya en estado analítico muy distinto en madama de Lambert. La palabra humanidad la usa muy á menudo : « La humanidad, dice á su hijo, sufre con la extrema diferencia que la fortuna hace de un hombre á otro. Lo que debe separaros del pueblo es el mérito, no la dignidad ni el orgullo. » Se lo repite en más de un lugar, recomendándole que juzgue de los que están sobre él por lo que son en realidad, no por la muestra : « Pero no perdamos de vista un número infinito de desgraciados que están debajo. Sólo á la casualidad debéis la dileredcia que hay de vos á ellos. » Repite el mismo consejo á su hija : « Acostumbraos á tratar con bondad y humanidad á vuestros criados. Un antiguo dice que es menester mirarlos *como amigos infortunados...* Pensad que la humanidad y el cristianismo lo igualan todo. » Evidentemente se acerca el tiempo en que por doquiera se hablará de humanidad y de igualdad; ella ha sido una de las primeras que se ha ocupado de estas cosas, las ha presentado y las ha nombrado ántes que Luis XIV hubiese desaparecido.

También es ella uno de los primeros moralistas que, al salir del siglo XVII, volvieron á la idea muy poco jansenista de que el corazón humano es bastante naturalmente recto, y que la conciencia, si se sabe consultarla, es el mejor testigo y el mejor juez : « Por la palabra *conciencia* entiendo, dice á su hijo, *ese sentimiento íntimo de un honor delicado*, que os asegura que nada tenéis que reprocharos. » Da á su modo la señal que, á su vez, repetirá Vauvenargues, y que en manos de Juan Jacobo llegará á ser instrumento de revolución universal.

Se encuentran en las obras de madama de Lambert algunos pensamientos que parecen anticipadamente tomados de los moralistas que

escribieron después. Diríase que recuerda á ese mismo Vauvenargues que vino sin embargo al mundo posteriormente, cuando dice : « Os exhortaré mucho más, hijo mio, á trabajar en el perfeccionamiento de vuestro corazón que en el de vuestro espíritu : la verdadera grandeza del hombre está en el corazón. » Por otra parte, si ha precedido á sus sucesores en algunos puntos, repite á sus antecesores en algunos otros, y no sería difícil volver á encontrar en su texto pensamientos enteros de Pascal, de La Bruyère y de La Rochefoucauld. En esto se parece al viejo moralista Charron que se contenta con expresar bien los pensamientos y coordinarlos, vengan de donde vinieren, con tal que los encuentre exactos y de su gusto.

Desde este primer escrito dirigido á su hijo, se distinguen fácilmente en ella y se le reconocen cualidades varoniles, altivas é ingeniosas, un modo de ver que supone mucho discernimiento y análisis y una manera de decir en que siempre excede á la generalidad. El único defecto de estos consejos en la lectura, es que no permiten el menor reposo; la trama está muy apretada y siempre tendida. Ella misma nos dice su secreto hablando á su hija : « Contad poco; narrad *de una manera delicada y lacónica*; que lo que digáis sea *nuevo*, ó que el *giro* sea *nuevo.* »

Esta novedad es la que parecía neologismo á algunos buenos contemporáneos suyos y la que hacía acusar á madama de Lambert de presunción. Por nuestra parte, como somos menos susceptibles, y estas novedades de hace cien años apenas nos afectan y ciertamente no nos escandalizan ya, reconoceremos que su estilo está enteramente lleno de palabras muy oportunas, de acepción neta y viva. Dirá, por ejemplo, á propósito de sus amigos y del esmero con que se deben escoger : « Es menester pensar además que nuestros amigos nos *caracterizan* : se nos busca en ellos... » Tiene muchas de estas palabras lacónicas, pero de bello estilo, de estilo antiguo y como latino. Dirá definiendo también la amistad, las cualidades que exige y los vicios de corazón que excluye : « Los avaros no conocen tan bello sentimiento : la verdadera amistad es *opulenta.* » Dirá además, recomen-

dando á su hijo que desconfie de los placeres : « Entregarse á la voluptuosidad, es degradarse. Lo más seguro sería no habituarse á ella. Parece que el alma del voluptuoso le es *gravosa*. » Y á su hija, sobre el mismo asunto y en una recomendacion parecida : « Huid de los espectáculos y de las representaciones apasionadas, pues no se debe ver lo que no se quiere sentir. La música, la poesía, todo eso pertenece *al tren de la voluptuosidad*. » Me complazco en realzar las expresiones enérgicas ó graciosas que son de la lengua del siglo xvii, y que al mismo tiempo participan ya de la del xviii por su perfecta concision y su exacta propiedad. Hay expresiones ménos marcadas y más suaves, que ella coloca de una manera hechicera : « Haced, escribe á su hijo, que vuestros estudios *cuelen* en vuestras costumbres, y que todo el provecho de vuestras lecturas se convierta en virtud. » — « Entre el tumulto del mundo, tened, hijo mio, le dice aun, algun amigo seguro que haga *colar* en vuestra alma las palabras de verdad. » Y en fin (pues tiene aficion á esta palabra), en su Tratado *De la Amistad* : « ¡Qué ligeras son las horas, exclama, qué pronto pasan (qu'elles sont *coulantes*) con lo que se ama! »

No siempre es tan feliz en la novedad de las expresiones, y más de una vez se percibe que han sido rebuscadas. Hablando de su amigo La Motte y para caracterizar la facilidad de sus dotes naturales, dirá : « Esas *almas de genio*, si es permitido hablar así, no tienen necesidad de ningun auxilio extraño. » Comparándole por sus cualidades de fabulista á La Fontaine, y respondiendo á los que han sacrificado el uno al otro : « Han creído, dice, que no habia para la Fábula nada comparable con lo sencillo é ingenuo de M. de la Fontaine ; lo ingenioso, lo delicado y lo *pensado* de M. de La Motte se les han escapado. » Lo *pensado* de M. de La Motte es curioso y bien traído, pero es muy amanerado. Lo mismo en otra parte, aconsejando á su hija un método en la tristeza, que consiste en analizarla y descomponerla : « Examinad lo que causa vuestra pena, separad todo lo falso que la rodea y todos los *añadidos* de la imaginacion, y veréis á menudo que no es nada. » ¡Los *añadidos de la imaginacion!* todas estas expre-

siones que señalo corresponden á una lengua ingeniosa, pero superficial y que es susceptible de perfeccionarse.

Su defecto más sensible á la larga consiste en que afecta continuamente el análisis y prefiere las frases de varios miembros y subdivisiones que obligan al entendimiento á percibir relaciones complexas en que hace trabajar á los que la leen. En una parte definirá, por ejemplo, todas las virtudes segun su grado de oposicion con el amor propio : « Todos los vicios favorecen el amor propio y todas las virtudes se aunan para combatirlo : el valor *lo expone*, la modestia *lo abate*, la generosidad *lo despoja*, la moderacion *lo descontenta*, y el celo del bien público *lo inmola*. » Está dicho admirablemente ; pero en tiempo de madama de Lambert no eran menester muchas de esas frases para fatigar á cualquiera que no hubiese nacido prevenido de antemano con un entendimiento de forma psicológica y un tanto doctrinaria.

Llamábase eso precioso y una vuelta al hôtel Rambouillet ; pero podria decirse del mismo modo que correspondia ya al sentido y al gusto del salon de madama Necker. Madama de Lambert señala, en concepto mio, el término medio entre estos dos salones ; se halla á mitad de camino y mira ya hácia el lado del más moderno.

Las ideas que ha expresado acerca del papel y la condicion de las mujeres son tales que por momentos sorprenden, á la par que inspiran grande estimacion hácia el autor. Madama de Lambert, como la señorita de Scudéry, piensa que nada está tan mal concebido como la educacion que se da á las jóvenes : « Se las destina á agradar, y sólo reciben lecciones para que tengan atractivos. » Ella, al contrario, hija de una madre tal cual hemos dicho, ha conocido muy temprano la necesidad que tienen las mujeres de ser juiciosas y estar fortalecidas contra sus pasiones. Quiere que una mujer *sepa pensar*. Desconfia de la parte sensible : « Nada más opuesto á la dicha que una imaginacion delicada, viva y *demasiado inflamada*. » Las virtudes brillantes no son patrimonio de las mujeres : parece que lo deplora algo al notarlo, así como de la « nada, dice, á que los hombres han que-

rido reducirnos ». Es preciso por lo tanto que las mujeres se resignen á las virtudes apacibles, y estas son difíciles « porque la gloria no ayuda á practicarlas ». Los consejos que madama de Lambert da á su hija llaman la atención sobre todo por el sumo conocimiento que revelan de todos los lados tiernos y vulnerables del sexo, así como por el extremado temor que la hace recurrir á todos los medios y precauciones. Diríase que esta mujer, que ha esperado hasta los sesenta años para hacer hablar de ella, ha combatido mucho y triunfado en muchas luchas y rebeliones. Ante todo para sí, para aguerrirse y reformarse ella misma, escribió esos prudentes *Avisos* ántes de dedicarlos á sus hijos. Se había dicho en el prefacio de una traducción inglesa de sus Obras, que al escribir acerca de las mujeres había hecho su apología, y ella respondió altivamente : « Jamas he tenido necesidad de hacerla. » Añadiase que había descubierto un alma tierna y sensible : « No diré lo contrario, replicaba ; pero de lo que se trata es de saber el uso que he hecho de ella. »

Este uso se halla bastante indicado por estos mismos consejos, tan delicadamente desenmarañados y tan firmemente definidos : elevó su corazón, contuvo su razón, evitó las ocasiones y peligros, moderó sus gustos y escatimó su sensibilidad para hacerla duradera y tan larga como la vida más dilatada : « Cuando tenemos el corazón sano, pensaba, de todo sacamos partido y todo se convierte en placer y satisfacción... El gusto se malea con las diversiones, y se acostumbra uno de tal modo á los placeres ardientes que ya no puede descender á los sencillos. Deben temerse mucho esas grandes conmociones del alma que preparan el tedio y el disgusto. » Ha dicho cosas excelentes de esa moderación y esa templanza de las almas sanas, — de esas cosas que no han podido ser encontradas sino por un alma viva que ha triunfado en parte de sí misma. En más de uno de esos consejos cree uno percibir el principio de una confesión y como una experiencia reprimida á tiempo :

« Hay en cada desarreglo del corazón una pena y una vergüenza que os incitan á dejarlo. »

« No siempre son las faltas las que nos pierden, sino el modo de conducirse después de haberlas cometido. »

« La pasión aumenta con las reflexiones que uno se hace á sí mismo : el olvido es el único seguro que puede tomarse contra el amor. »

Hay otros muchos pensamientos por los cuales madama de Lambert merecería ser llamada el La Bruyère de las mujeres ; este honor lo comparte con madama de Staal de Launay.

Se podría rehacer, discurriendo mucho acerca de ella, una madama de Lambert joven, prudente y de ternura contenida. Nada sé respecto de su fisonomía, y los que han escrito de ella en su vejez han olvidado hablarnos acerca de esto. Pero como había tenido una madre muy bonita y tenía una hija á quien podía decir : « No habéis nacido sin atractivos », es de creer que no había dejado de tener ella misma alguna gracia, lo que hace que su cordura sea mucho más meritoria.

En las *Reflexiones* propiamente dichas que publicó sobre las Mujeres y que son distintas de los *Avisos á su Hija*, se emancipó un poco. Ataca decididamente á Molière, con motivo del ridículo con que cubrió á las mujeres sábias. Manifiesta que desde que se ha hecho burla de su pretensión al talento, las mujeres han reemplazado el saber con la disolución : « Cuando se han visto atacadas por sus inocentes pasatiempos, han comprendido que, vergüenza por vergüenza, era menester escoger la que les era más ventajosa, y se han entregado al placer. » Este pequeño escrito de madama de Lambert, que contiene más de una idea censurable, no debe separarse de las circunstancias que le inspiraron : fué compuesto para vengar y revindicar en su sexo la honesta y sólida ocupación del entendimiento en presencia de las orgías de la Regencia. Son mis *intemperancias de espíritu*, decía madama de Lambert. Al ver á la duquesa de Berry, hija del Regente, y su grosero desenfreno, retrocedía mentalmente hasta Julia, duquesa de Montausier.

Madama de Lambert prefería á esas mujeres desvergonzadas de

la Regencia hasta la docta madama Dacier, en quien veía una autoridad en honor del sexo : « Ha sabido asociar, dice, la erudicion con la cortesía; pues ahora se ha cambiado el puesto del pudor, ya no hay vergüenza para los vicios y á las mujeres sólo causa rubor el saber. » En la disputa suscitada entre esta docta persona y La Motte acerca de Homero, madama de Lambert, si bien inclinándose hácia su amigo, más cortés y delicado, intentó restablecer el equilibrio y facilitar entre ellos una composicion que tuvo efecto algo más tarde por mediacion de M. de Valincour. Madama de Lambert hubiera querido privar á este del honor de tal arbitraje y poder dar en su casa á las dos partes la famosa comida de reconciliacion, de la cual dijo un festivo convidado : « Se bebió á la salud de Homero, y todo pasó bien. »

Cuando la duquesa de Maine estaba en París, venía con gusto á las tertulias de madama de Lambert, y entónces se hacía brillar doblemente el ingenio y se inventaban mil chistes galantes. Hay un volumen entero en las Obras de La Motte sobre estas nonadas de sociedad. En las tertulias ordinarias de los mártes, la conversacion en casa de madama de Lambert era más séria y más llana, si bien siempre muy aguzada.

Entre tantos hombres de talento como concurrían á su casa y entre los cuales citaré ademas á Mairan, al abate Mongault, al abate Choisy, al abate Bragelonne, al padre Buffier y al presidente Hénault, madama de Lambert habia hecho una eleccion predilecta en la persona de M. de Sacy, el traductor elegante de Plinio el Joven, en quien veía la reunion de todas las virtudes y de todos los atractivos, las *buenas costumbres* y las *gracias*. El trato con sus otros amigos le era agradable, pero el de M. de Sacy necesario. Más de cuarenta años despues, escribiendo D'Alembert en sus Elogios académicos el de M. de Sacy, trazaba en él un cuadro interesante de esa amistad que le unia á madama de Lambert, y al hacerlo se representaba á sí mismo, por una alusion sensible, su cordial intimidad con la señorita de Lespinasse que acababa de fallecer.

La conclusion literaria acerca de madama de Lambert, de esta se-

ñora de mérito, tan delicada y tan sensata á la par, y que hizo tan noble uso de sus cualidades y de su fortuna, ha sido dada largo tiempo hace por uno de sus otros amigos que he nombrado ya, el juicioso marqués de Argenson : « Sus obras, escribia este, contienen un curso completo de la moral más perfecta al uso del mundo y del tiempo presente. Ha mezclado en ellas alguna afectacion; pero ¡cuántos bellos pensamientos, cuántos sentimientos delicados! ¡Qué bien habla de los Deberes de las mujeres, de la Amistad, de la Vejez, de la diferencia entre la *Consideracion* y la *Reputacion*! Es un libro que debe leerse una y cien veces. »

En todo esto no he hecho más que nombrar á madama Necker, inscribir su nombre al lado y en frente del de madama de Lambert, para señalar desde ahora mi designio y presentar una perspectiva. Otro dia me ocuparé por menor de esta segunda figura, y tambien en este ejemplo, más interesante de lo que se le supone, habré de referirme á la honestidad, á la moral y al culto del ingenio.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.